

**NUSSBAUM, M. Y LEVMORE, S. (2021) ENVEJECER CON SENTIDO –CONVERSACIONES SOBRE EL AMOR, LAS ARRUGAS Y OTROS PESARES– (TRAD. A. F. RODRÍGUEZ) MÉXICO: PAIDÓS, 476 P. 15 X 23 CM. ISBN 978-84-493-3440-5**

---

ÁLVARO ZAMORA

ORCID: 0009-0008-2599-0764

**Resumen:**

Una reseña donde se advierte que este libro parece más ideológico que científico o, como podría esperarse dado el perfil de ambos autores, filosófico; aunque ellos aporten datos o experiencias en favor de sus opiniones, referencias sobre acciones o intereses diversos, probables vivencias, ansias o costumbres. También ofrecen, de forma seductora, múltiples referencias filosóficas y muestras de educado sentido común.

**Palabras clave:**

Ideológico, filosófico, ansias, científico, vivencias.

---

**Abstract:**

*A review that warns that this book seems more ideological than scientific, or, as might be expected given the profile of both authors, philosophical; although they provide data or experiences to support their opinions, references to various actions or interests, probable experiences, desires, or customs. They also offer, in a seductive manner, multiple philosophical references and examples of educated common sense.*

**Keywords:**

*Ideological, philosophical, desires, scientific, experiences.*



la burguesía consideraba a los obreros como envidiosos,  
desquiciados por groseros apetitos,  
pero se preocupaba  
por incluir a esos seres brutales en nuestra especie

–Sartre, prólogo a Los condenados de la tierra–

Según la Organización de Naciones Unidas (cfr: [un.org/es/global-issues/ageing](https://un.org/es/global-issues/ageing)), entre el 2021 y el 2050 la población mayor de 60 años podría llegar a más de 1600 millones de personas. La relación entre envejecimiento y pobreza se agudizará, pues incluso “muchos países en desarrollo no están preparados para [enfrentar] este fenómeno”.

El libro de Nussbaum y Levmore no se ocupa de eso, tampoco de la desigualdad social, económica, cultural o alimenticia implicada en ello. Bien informan en la “Introducción” que se trata solo de un conjunto de “Conversaciones sobre el amor, las arrugas y otros pesares”. Quizá por esa condición sea más ideológico que científico o, como podría esperarse dado el perfil de ambos autores, filosófico; aunque ellos aporten, en favor de sus opiniones, referencias sobre acciones o intereses diversos, probables vivencias, ansias o costumbres. También ofrecen, de

forma seductora, múltiples referencias filosóficas y muestras de educado sentido común.

Atractivo y algo peculiar se nos presenta este libro. Pareciera concebido y realizado cual rompecabezas intelectual de amable intención y amigable estilo. Por su tema, enfoque, títulos y subtítulos se podría reconocer cual acierto de la mercadotecnia o de afinado clasismo.

Se percibe transversalmente cierta tendencia discriminatoria, quizá inconsciente, como la clásica conciencia con que los colonizadores han sabido imponer la civilización allende los mares. No se trata de una posición frente a los millones de personas que arriban a la vejez en países del tercer mundo. La verdad es que los ancianos pobres de países periféricos no podrán hallar nunca el acomodado “sentido” del amor que Nussbaum y Levmore invocan para alcanzar la felicidad pese a la “carcasa que envejece”. (129)

Sorpresiva pareciera la relación desigual que en la portada de la edición española (Paidós) se hace de los autores. Ambos son catedráticos; Saul Levmore se menciona, en la solapa, cual “Profesor Distinguido” de la Universidad de Chicago; Martha S. Nussbaum (probablemente más reputada como atracción libresca que Levmore) también se encuentra referida con tales calidades.

El aporte de ambos es tal, que no se justifica la distinción visual de sus nombres en la portada (disminuido y en un nivel más bajo el nombre de Levmore) a menos que los encargados de esa edición hayan abrazado cierto prejuicio voluble y publicitario, del tipo que los grupos radicales han injertado, a fuer de intereses espurios (relativos a la sexualidad, quizá, o a la posibilidad de vender mejor sus productos) en casi todos los espacios de nuestra cultura<sup>1</sup>. Conviene señalar que tal desigualdad cometida por Paidós no aparece en la edición inglesa: *Aging Thoughtfully. Conversations About Retirement, Romance, Wrinkles, & Regret*, Oxford University Press 2017).

El índice anuncia textos atractivos como “¿Debemos jubilarnos?”, “Distribuir, desheredar y pagar por la asistencia desde El rey Lear”, “Cuerpos que envejecen”,

---

<sup>1</sup> No puedo evitar agregar (en lo que será un desacostumbrado pie de página a una reseña) que no debe sobrar entre nosotros brindar un agradecimiento a grupos (como el Círculo de Cartago) que no se permiten fomentar arbitrariedad semejante en las portadas ni en el interior de sus libros.

“Vivir el regreso del pasado”, “Amor y sexo más allá de la mediana edad”, “[...] los amantes rechazados de todas las edades” y “Desigualdad y ancianos pobres”.

De la “Introducción” sorprende el primer párrafo; mas no por su profundidad filosófica, jurídica o ética, sino por su tono lisonjero y por un sentido mal fundado –o al menos, tendencioso– con que han teñido ahí al verbo envejecer. Podría servir así como acicate en una telenovela o como leitmotiv en un discurso motivador, que algún mecenas o politicastro aventuraría en el aniversario de una residencia gerontológica. Lamentablemente, dicho uso del término no procede de algún comerciante de la beneficencia, sino de Nussbaum y Levmore, dos catedráticos orientados, por la filosofía anglosajona, en ética y en derecho.

Ellos advierten que esta colección “se inspira en *De senectute*”, una obra que Cicerón escribió en el año 45 a. C. “como una distracción” (13). Probablemente la ligereza y el despiste (sinónimos de la distracción) les han inspirado alabeos como este: “la vejez es experimentar, adquirir sabiduría, amar y perder, y estar más cómodos en la propia piel, por mucho que se torne ajada” (p.12).

Frases de tal *pelaje* podrán motivar a unos pocos idealistas; incluido algún ignaro en biología, medicina y psicología. También a muchos clientes del anaquel que su librería favorita dedica a la *Autoayuda*. Tales condiciones definientes no son punibles filosóficamente por aburguesadas, sino por ser tan engañosas como las que pueblan libros al *melhor estilo Cohelico*.

Eso sí, no importa lo qué se diga en su contra, el libro merece una lectura crítica. No se haga con fanatismo ni esperanza, sino con cierto humor, con agudeza y, sobre todo, con clara conciencia de dónde o desde dónde se ejecuta la lectura.

Sería inútil, sino torpe, negar que una persona adinerada, presa de la inevitable vejez, quiera recobrar sus encantos. Pero, lanzar al mundo la advertencia de que el “*lifting*, el aumento de pecho

o un trasplante de cabello pueden hacer algo más que sustraer cinco años a nuestro perfil en una página de citas online” (141) puede ser –ya no solo en muchas esquinas de América Latina o de África, sino seguramente en algunas calles nuevayorkinas o de Washington– como la ofensa de entrada a un centro de concentración.

No entienda mal el lector mi dureza. Como Levmore y Nussbaum entiendo que existe ahí, allá y acullá una creciente “popularidad de la cirugía plástica y de otros procedimientos contra el envejecimiento” (129). El problema no es ese, como todo buen ciudadano puede comprender.

Bien se sabe, la palabra es *muchas cosas*. A veces puede ser incluso “prueba de un anhelo de control que resulta letal” (217). Así digo de este libro, tras sumergirme en sus páginas. Dichosos los colegas envejecidos del Primer Mundo y los privilegiados del resto, porque seguramente pueden tomarlo cual festejo de ciertos ideales. Los invito a reconocer que también es un arma; y que en muchos de sus pasajes la ironía toca orlas a la chanza. Enarbolarla con elegancia, no mitiga devaneos de alcurnia, de clase: los disfraza cortesmente. Bien han mostrado muchos filósofos que la crueldad tiene tonalidades diversas.

Retengase esta idea: si se tienen recursos, conviene comprarlo y leerlo. Entretiene, ofrece muchas *clases de clase*. No creo que sea útil a las mayorías de ancianos que pueblan la tierra. Acaso solo aporte tema y argumentos para disfrutar, en predios lujosos y con un buen Whisky, de alguna conversación educada sobre ciertos amores, ciertos pesares o el ataque inmisericorde de las arrugas. Al filósofo le compete, quizá, tener eso presente.